

(Por Rudy) "Al llegar a Barcelona lo primero que se ve, al llegar a Barcelona, lo primero que se ve, son turistas argentinos comprando en el Corte Inglés..." Cuando Tobías llegó a Barcelona y comenzó a cantar esta tonada le resultaban desconocidas tanto la música como la letra pero no podía evitar entonarla una y otra vez.

De hecho, sus pasos lo llevaron por el Paseo de Gracia, luego por la Rambla, y finalmente lo depositaron en pleno centro, en el edificio de la gran tienda aludida en el canto.

—Caramba —dijo Tobías— desde la época de Malvinas que quiero cortar un inglés y nunca pude... ¡estos catalanes sí que se las saben todas para atraer al turista!

Entró. Estaba lleno de gente, era un verdadero romeral (léase "romeral" y entiéndase "quilombo"), y para peor todos hablaban en catalán.

Tobías se dirigió a la chica más bonita que pudo divisar (una morocha digna de una canción de Serrat, un arrebato de Sabina y un escándalo de un funcionario del gobierno), y le dijo:

—Quisiera cortar un inglés, por favor.

—¿Qué diu?

—No, no quiero un diu, quiero un inglés, para cortar.

—Caram, ¿vosté vol un inglés?

—No me hable en inglés que no entiendo, hableme en castellano, y deme un inglés bien preparadito para cortarlo.

—Lo siento —dijo la empleada en catalán, pero entre las tetas le apareció un subtítulo que Tobías pudo leer— aquí vendemos de todo, pero ingleses

no, y menos para cortar, que con esto del Maastricht y el follón de la Unión Europea, no se pueden cortar los ingleses, ni los franceses, ni lo madrileños, que no los podemos ni ver, ni a los sudacas, a pesar de lo que proliferan. ¡No se puede cortar a nadie! —terminó de leer Tobías entre las tetas de la bella catalana.

—La verdad, no entiendo nada, le soy franco.

—¿Qué diu? —dijo la joven espanta-

da por la sola mención del viejo dictador, al punto tal que le desaparecieron los subtítulos de entre las tetas.

—Y dale con el diu, y dale con el diu.

¿No ve que soy un hombre?

—Coño, pues vaya a la sección "hombres", en el quinto piso.

Tobías fue a la sección "Hombres", se dirigió al maniquí que le resultó más simpático, y le preguntó:

—Perdón, pero aquí, ¿sólo venden "hombres", o también mujeres?



Barce-
lona

"...y abatíme tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance..."
San Juan de la Cruz.

Además era el día de mi cumpleaños. Desde el balcón de la Alameda vi cruzar parsimoniosamente el cielo ese Sputnik ruso del que hablaron tanto los periódicos y no tomé ni así tanto porque al día siguiente era la primera prueba de ascensión de la temporada y mi madre estaba enferma en una pieza que no sería más grande que un closet. No me quedaba más que pedalear en el vacío con la nuca contra las baldosas para que la carne se me endureciera firmeza y pudiera patear mañana los pedales con ese estilo mío al que le dedicaron un artículo en *Estadio*. Mientras mamá levitaba por la fiebre, comencé a pasarme por los pasillos consumiendo de a migaja los queques que me había regalado la tía Margarita, apartando acuciosamente los trozos de fruta confitada con la punta de la lengua y escupiéndolos por un costado que era una inmundicia. Mi viejo salía cada cierto tiempo a probar el ponche, pero se demoraba cada vez cinco minutos en revolverlo, y la noche muy cálida, y mamá decía entre sueños "estoy incendiándome", no tan débil como para que no la oyéramos por entre la puerta abierta.

Pero esa era una noche tiesa de mechas. No aflojaba un ápice la crestonea. Pasar la vista por cada estrella era lo mismo que contar cactus en un desierto, que morderse hasta sangrar las cutículas, que leer una novela de Dostoiévski. Entonces papá entraba a la pieza y le repetía a la oreja de mi madre los mismos argumentos inverosímiles, que la inyección le bajaría la fiebre, que ya amanecía, que el doctor iba a pasar bien temprano de mañana antes de irse de pesca a Cartagena.

Por último le argumentamos trampas a la oscuridad. Nos valimos de una cosa lechosa que tiene el cielo cuando está trasnochado y quisimos confundirla con la madrugada (si me apuraban un poco hubiera podido distinguirse en pleno centro algún gallo cacareando).

Podría ser cualquier hora entre las tres y las cuatro cuando entré a la cocina a preparar el desayuno. Como si estuvieran concertados, el pitido de la tetera y los gritos de mi madre se fueron intensificando. Papá apareció en el marco de la puerta.

—No me atrevo a entrar —dijo.

Estaba gordo y pálido y la camisa le chorreaba simplemente. Alcanzamos a oír a mamá diciendo: que venga el médico.

—Dijo que pasaría a primera hora en la mañana —repetió por quinta vez mi viejo.

Yo me había quedado fascinado con los brinco que iba dando la tapa sobre las patadas del vapor.

—Va a morir —dijo.

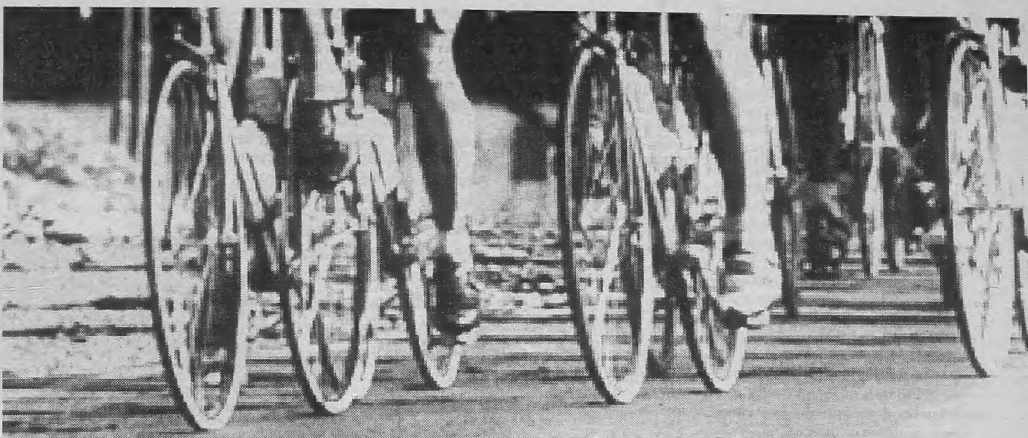
Papá comenzó a palparse los bolsillos de todo el cuerpo. Señal que quería fumar. Ahora le costaría una barbaridad hallar los cigarrillos y luego pasaría lo mismo con los fósforos y entonces yo tendría que encenderse en el gas.

—¿Tú crees?

Abrí las cejas así tanto, y suspiré.

—Pásame que te encienda el cigarrillo. Al aproximarme a la llama, noté confundido que el fuego no me dañaba la nariz como todas las otras veces. Extendí el cigarro a mi padre, sin dar vuelta la cabeza, y conscientemente puse el menique sobre el pequeño manojito de fuego. Era lo mismo que nada. Pensé: se me murió este dedo o algo, pero uno no podía pensar en la muerte de un dedo sin reírse un poco, de modo que extendí toda la palma y esta vez toqué con las yemas las cañerías del gas, cada uno de sus orificios, revolviendo las raíces mismas de las llamas. Papá se pasaba entre los extremos del pasillo cuidando de echarse toda la ceniza sobre la solapa, de llenarse los bigotes de mota de tabaco. Aproveché para llevar la cosa un poco más adelante, y puse a tostar mis muñecas, y luego los codos, y después otra vez todos los dedos. Apagué el gas, le eché un poco de escupito a las manos, que las sentía secas, y llevé hasta el comedor la cesta con pan viejo, la mermelada en tarro, un paquete flamante de mantequilla.

Cuando papá se sentó a la mesa, yo debía



haberme puesto a llorar. Con el cuello torcido hundió la vista en el café amargo como si allí estuviera concentrada la resignación del planeta, y entonces dijo algo, pero no alcancé a oírlo, porque más bien parecía sostener un incrédulo diálogo con algo íntimo, un riñón por ejemplo, o un fémur. Después se metió la mano por la camisa abierta y se mesó el ensamble de pelos que le enredaban el pecho. En la mesa había una cesta de ciruelas, damascos y duraznos un poco machucados. Durante un momento las frutas permanecieron vírgenes y acunadas, y yo me puse a mirar la pared como si me estuvieran pasando una película o algo. Por último agarré un prisco y me lo froté sobre la solapa hasta sacarle un brillo harto pasable. El viejo nada más que por contagio levantó una ciruela.

—La vieja va a morir —dijo.

Me sobé fuertemente el cuello. Ahora estaba dándole vueltas al hecho de que no me hubiera quemado. Con la lengua le lamí los conchos al queso y con las manos comencé a apretar las migas sobre la mesa, y las fui arrojando en montoncitos, y luego las disparaba con el índice entre la taza y la panera. En el mismo instante que tiraba el queso contra un pómulo, y me imaginaba que tenía manso cocho en la muela poniendo cara de circunstancia, creí descubrir el sentido de por qué me había puesto incombustible, si puede decirse. La cosa no era muy clara, pero tenía la misma evidencia que hace pronosticar una lluvia cuando el queltehue se viene soplando fuerte: si mamá iba a morir, yo también tendría que emigrar del planeta. Lo del fuego era como una sinopsis de una película de miedo, o a lo mejor era puro blabla mío, y lo único que pasaba era que las idas al biógrafo me habían envenado.

Miré a papá, y cuando iba a contárselo, apreté delante de los ojos sus mofletudas palmas hasta hacer el espacio entre ellas impenetrable.

—Viviré —dijo—. Uno se asusta con la fiebre.

—Es como la defensa del cuerpo.

Carraspeé.

—Si gano la carrera tendremos plata. La podríamos meter en una clínica pasable.

—Si acaso no se muere.

Escupí sobre el hombro el queso lijadito de tanto meneallo. El viejo se alentó a pegarle un mordiscon a un durazno harto potable. Oímos a mamá quejarse en la pieza, esta vez sin palabras. De tres tragadas acabé con el café, casi reconfortado que me hiriera el paladar. Me eché una marraqueta al bolsillo, y al levantarme, el pelotón de migas fue a refrescarse en una especie de pocilla de vino sólo en apariencia fresca, porque desde que mamá estaba en cama las manchas en el mantelito duraban de a mes, pidiendo por lo bajo.

Adopté un tono casual para despedirme, medio agringado dijéramos.

—Me voy.

Por toda respuesta, papá torció el cuello y aqullatizó la noche.

—¿A qué hora es la carrera? —preguntó, sorbiendo un poco del café. Me sentí un cerdo, y no precisamente de esos giles simpáticos que salen en las historietas.

—A las nueve. Voy a hacer un poco de precalentamiento.

Saqué del bolsillo las horquetas para sujetarme las bastillas, y agarré de un tirón la bolsa con el equipo. Simultáneamente estaba tarareando un disco de los Beatles, uno de esos psicodélicos.

—Tal vez te convendría dormir un poco —sugirió papá—. Hace ya dos noches que...

—Me siento bien —dijo, avanzando hacia la puerta.

—Bueno, entonces.

—Que no se te enfrie el café.

Cerré la puerta tan dulcemente como si me

fuera de besos con una chica, y luego le aflojé el candado a la bicicleta desprendiéndola de las barras de la baranda. Me la instalé bajo el sobaco, y sin esperar el ascensor corrí los cuatro pisos hasta la calle. Allí me quedé un minuto acariciando las llantas sin saber para dónde emprenderla, mientras que ahora sí soplaban un aire madrugado, un poco frío, lento.

La monté, y de un solo envío de los pedales resbalé por la cuneta y me fui bordeando la Alameda hasta la Plaza Bulnes, y le ajusté la redondela a la fuente de la plaza, y enseguida torcí a la izquierda hasta la boite del Negro Tobar y me ahuacé bajo el toldo a oír la música que salía del subterráneo. Lo que fregaba la cachimba era no poder fumar, no romper la imagen del atleta perfecto que nuestro entrenador nos había metido al fondo de la cabeza. A la hora que llegaba entabacado, me olía la lengua y pa' fuera se ha dicho. Pero además de todo, yo era como un extranjero en la madrugada santiaguina. Tal vez fuera el único muchacho de Santiago que tenía a su madre muriéndose, el único y absoluto gil en la galaxia que no había sabido agenciarse una chica para amenizar las noches sabatinas sin fiestas, el único y definitivo animal que lloraba cuando le contaban historias tristes. Y de pronto ubiqué el tema del cuarteto, y precisamente la trompeta de Lucho Aránguiz fraseando eso de "No puedo darte más que amor, nena, eso es todo lo que te puedo dar", y pasaron dos parejas silenciosas frente al toldo, como cenizas que el malón del colegio había derramado por las aceras, y había algo lúgubre e inolvidable en el susurro del grifo esquinero, y parecía surgido del mar plateado encima de la pileta el carricoche del lechero, lento a pesar del brío de sus caballos, y el viento se venía llevando envoltorios de cigarrillos, de chupetes helados, y el baterista arrastraba el tema como un largo cordel que no tiene amarrado nada en la punta —sha-sha-da-da— y salió del subterráneo un joven ebrio a secarse las narices transpirado, los ojos patinándose, rojos de humo, el nudo de la corbata dislocado, el pelo agolpado sobre las sienes, y la orquesta le metió al tango, sophisticated, siempre el mismo, siempre uno busca lleno de esperanzas, y los edificios de la Avenida Bulnes en cualquier momento podían caerse muertos, y después el viento soplaría aún más descoyuntador, haría veletas de navío, barcasas y mástiles de los andamiajes, haría barriles de alcohol de los calefactores modernos, transformaría en gaviotas las puertas, en espuma los parquets, en peces las radios y las planchas, los lechos de los amantes se incendiarían, los trajes de gala los calzoncillos los brazaletes serían cangrejos, y serían moluscos y serían arenilla, y a cada rostro el huracán le daría lo suyo, la máscara al anciano, la carcajada rota al liceano, a la joven virgen el polen más dulce, todos derribados por las nubes, todos estrellados contra los planetas, ahuecándose en la muerte, y yo entre ellos pedaleando el huracán con mi bicicleta diciendo no te muevas mamá, yo cantando Lucy en el cielo y con diamantes, y los policías inútiles con sus fustas azotando potros imaginarios, a horcajadas sobre el viento, azotados por parques altos como volantines, por estatuas, y yo recitando los últimos versos aprendidos en clase de castellano, casi a desgano, dibujándole algo pornográfico al cuaderno de Aguileira, hurtándole el cocaví a Kojman, clavándole un lápiz en el trasero al Flaco Leiva, yo recitando, y el joven se apretaba el cinturón con la misma parsimonia con que un sediento de ternura abandona un lecho amante, y de pronto cantaba frívolo, distraído de la letra, como si cada canción fuera apenas un chubasco antes del sereno, y después bajaba

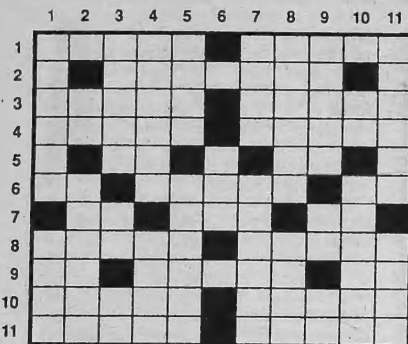
Más conocido por el libro "Ardiente paciencia" —base del reciente éxito cinematográfico "El Postino" donde se narra la particular relación entre Pablo Neruda y su cartero—, el chileno Antonio Skármeta ya era justamente celebrado por los relatos escritos durante su iniciación literaria a finales de los '60. El que aquí se presenta sale de un libro legendario—"Desnudo en el tejado"— y pedalea una prosa veloz que, hoy como entonces, deja a los lectores maravillados y sin aliento.

El ciclista San Cristobal

Se reproduce aquí por gentileza del autor y Sudamericana Chile.

Miércoles 17 de enero de 1999

ortodoxo



HORIZONTALES

- Sentimiento de molestia en alguna parte del cuerpo / Salina, saladar.
- Semejante, parecido.
- Caja de madera con tapa lisa (pl.) / Chupar suavemente el jugo de alguna cosa.
- Empleo / Mazorca de maíz sin los granos.
- Terminación de infinitivo / Existo.
- Contracción / Olas / Nota musical.
- Antigua medida itineraria china / En el gnosticismo, inteligencia eterna emanada de la divinidad suprema / Especie de violonchelo siamés.
- Dioses del hogar / Feti- dez del aliento.
- Prefijo "a" antes de vocal / Plaza pública grie- ga / Abreviatura de Gu- cmo.
- Famosa ópera de Puccini / Dad armas.
- Nombre de pila de Pia- zolla / Mamífero marsu-

VERTICALES

- Moneda griega que valia cuatro sestercios / Enva- se en el que vienen cior- los alimentos.
- Dios del sol entre los egipcios / Planos, sin estorbo.
- Pasta de goma laca para sellar cartas / Acudir / Símbolo del stokes.
- Año silvestre / Hijo de Zeus, rey de Egipto.
- Tela de seda brillante / Cortar al sesgo.
- Distraído.
- Que no está acompaña- do / Chaquetón imper- meable con capucha.
- Ligeros, sueltos / Que cuesta mucho.
- Mamífero carnívoro pa- recido a un perro grande (pl.) / Forma de pronom- bre / Apócope de mamá.
- Símbolo del astato / Sitio lleno de fango.
- Cosa rara / Se consume con el fuego.

escaleras

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

SOFIA	DELO
LOREN	ACTOR

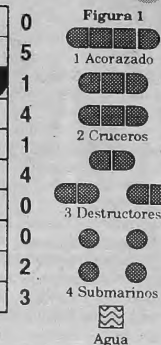
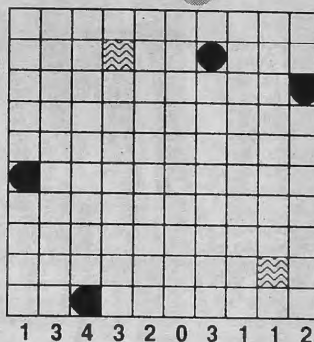
acomodo

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

ALDA							
CAINE							
FONDA							
GERE							
GIBSON							
HANKS							

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.



número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
7	3	0	6	1	0
4	7	8	0	0	2
2	8	3	6	0	1
2	5	7	9	1	0
4	1	6	5	1	0

¿anagrama o sinónimo?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES	1	2	3	4	5	6
1. Lérida.						
2. Anzar / So.						
3. Terco.						
4. Riga.						
5. Loor.						
6. Aseró.						
VERTICALES	1	2	3	4	5	6
1. Médico.						
2. Resonancia / Al.						
3. Logras.						
4. Arroje.						
5. Erró.						
6. Sa / Ora.						

uno, dos, tres

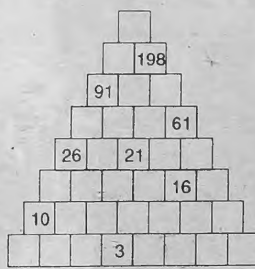
En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.

	1	2	3
1			
2			
3			

HORIZONTALES: 1. Amarrabas. 2. Relato que oculta una enseñanza moral. 3. Reco- rrerás un texto con la vista.
VERTICALES: 1. Agradable, sociable. 2. Expresé algo valiéndose de tablas. 3. Pondrás al fuego un manjar.

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



escalera

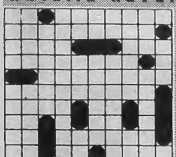
A. Cabra, labra, lacra, lacha, lucha, luche, leche. B. Cerco, cerdo, cardo, caldo, callo, calla, valla.

número oculto

9072.

solución

batalla naval



¿anagrama o sinónimo?

REMITI							
ASABAN							
PODAR							
I E A S							
DAREE							
AGOTAR							

uno, dos, tres

A	TAB	AS
FAB	UL	A
LE	E	RAN

acomodo

AGUA							
ARENA							
HUMUS							
LODO							
PASTO							
SUELO							

ortodoxo

TEMATICOS							
CALOR RELOJ							
O ENESIMO E							
POSIBLES							
ALGOYNN							
R GARANTE S							
PASE IODO							
CAL CAM AJO							
ARENA LINDOS							
VENTUO FETA							
ADBO S O S A S							

pirámide numérica



Con los mejores crucigramas autodefinidos y muchos juegos surtidos, armamos para usted

PUZZLE

Revista mensual de pasatiempos. Pruébela.